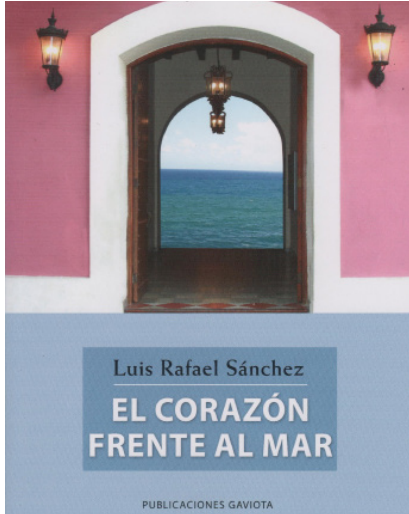


Luis Rafael Sánchez o el «escritor aguafiestas»
El corazón frente al mar, Río Piedras: Publicaciones Gaviota,
2021.



Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Director
Seminario Federico de Onís

A Norberto González
In Memoriam

El nuevo libro del siempre ingenioso Luis Rafael Sánchez, *El corazón frente al mar* (Río Piedras, Publicaciones Gaviota, 2021), desarrolla nuevamente el tema del viaje, como lo hizo en *La guagua aérea* (1994). Sin embargo, aquí el escritor —evidente heredero de Emilio S. Belaval— acude a una mirada de conmiseración, afín a la mejor literatura realista, naturalista y de siempre (como lo deja ver a las claras el bellissimo mamotreto de Erich Auerbach, titulado *Mimesis*), y a un cuestionamiento de la actitud del escritor frente a la realidad económica y política de la Isla del Encanto, amenazada por sus políticos de turno y por la Junta de Control Fiscal. Se presenta como un guía turístico, no solo para los extranjeros, sino para los puertorriqueños mismos, quienes, en muchas ocasiones, desconocen su propia Isla, la idiosincrasia del boricua y su particular historia. El guía turístico, no obstante, también es un viajero que observa desde uno de los asientos del ave de metal que vomita en el Aeropuerto Internacional Luis Muñoz Marín su complicada y compleja entraña.

Como buen y opulento oso, Luis Rafael devora todo lo que puede, desde el bolero, el reguetón, la balada, el tango, la literatura popular y de «alta cultura», los grafitis, las artes plásticas, la filosofía, la filología —en la cual se mueve desde el latín hasta las palabrejas de hermosu-

ra sinigual que engarzan los diversos pueblos de la América apaleada pero todavía resiliente—. Ejemplo de esto último es el viaje desde el *digitus impudicus* y el *nihil obstat* hasta el ñeñeñé —que podría verse como una defensa de la Ñ de la ñoñería, de la ñoña y del ñoño, del ñandú, del año y de la ñañiguería—, pasando por el tiquismiquis, la salaera, la prángana, la macacoa, la inopla y, por qué no, la pelaera o el viagrarse, para llegar al uso justificado ya del «sesentiocho», mucho más fácil de pronunciar que el supuestamente más prestigioso sesenta y ocho. Del sesentiocho deriva, a su vez, sesentiochista, como correspondería. En esto, no está solo y debe entenderlo ya la Academia de la Lengua Española. En los *Cuentos para fomentar el turismo*, el juez Belaval y miembro luego de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española escribe: «La espiritera tuvo que repartir aquella noche treintidós galones de agua magnetizada» en su cuento «Romance urbano de Monchín del alma...» (*Puerto Rico Ilustrado*, 1939; p. 67). Ana Lydia Vega, ya se ha constatado, aunque de forma negativa, también la utiliza. En *La pasión según Antígona Pérez*, Luis Rafael insiste nada más y nada menos que en labios del Monseñor y de Creón: «¿Habrá una copa de vino chileno año de mil novecientos cincuenticinco?», pregunta Monseñor, y responde Creón: «Mi bodega está abastecida de calidades. (A un criado.) Vino chileno, año de mil novecientos cincuenticinco» (*Teatro Puertorriqueño*, 1970, p. 441). Antes el autor dramático había expresado acerca de la Primera Dama: «tiene cuarenticinco rítmicos años» (p. 434). Y para aquellos que piensen que esto es solamente una insistencia del puertorriqueño, el poeta venezolano Rafael W. Camejo se refería al «treinticinco» en su cuento titulado «También ellos...» (*Puerto Rico Ilustrado*, 4 de enero de 1913; p. 5.) y en la bellísima novela *Alsino* (1921), del poético y pulcro chileno Pedro Prado, se presenta el «cincuenticinco» en voz del narrador como si nada sucediera: «aunque hace cincuenticinco años que es cocinera» (p. 156). Es ya sabido que Luis Rafael rescata el lenguaje del pueblo y lo toma así sin más como carbón. Lo más importante es que lo hace brillar como el mejor diamante, sin esperar a que la Academia de la Lengua lo limpie, lo pula y le dé esplendor. Sin embargo, la capacidad lingüística del autor de *En cuerpo de camisa* eleva ese lenguaje al ensayo literario, dándole a la lengua española mayores amplitudes y alcances. No

se crea por esto que cualquier hijo de vecino puede acercarse al libro de Luis Rafael para comprenderlo todo en toda su magnitud. Aunque el autor utilice el lenguaje popular, *El corazón frente al mar* no es un libro hecho para la masa, como podría pensarse. Junto con los vocablos bien utilizados, procedentes del lenguaje popular, la multitud de alusiones literarias, filosóficas, artísticas, históricas y musicales hilvana un mosaico difícil de comprender para quien no sea lector avisado. Desde las *fáciles pendientes* de «La tierruca», de Virgilio Dávila, al tango de Alfredo La Pera, «Mi Buenos Aires querido»; desde «Preciosa», la sutil canción de Rafael Hernández, el puertorriqueño, hasta «En mi viejo San Juan», de Noel Estrada, se espera que el pueblo tenga conocimiento. En buena medida, Luis Rafael urde su discurso acerca de su situación existencial como ser humano, puertorriqueño del vaivén entre Puerto Rico y Estados Unidos (y el mundo) centrado en la reescritura de ese bolero ya famoso, compuesto en 1946 y que sirve como epígrafe central del libro, y llega a proponerlo como nuestro otro Himno Nacional, en el cuestionamiento «Bolero vs. Himno» al final del libro. Esa añoranza del ser despatriado que presenta el bolero da paso a un viaje que estructura al ensayo, un viaje en avión desde algún lugar hacia Puerto Rico, especialmente hacia San Juan. Primero el «Descenso», luego el «Aterrizaje», el viaje obligatorio por Old San Juan y todo lo que ella implica, para luego regresar en el «Ascenso» del avión desde el Aeropuerto Internacional Luis Muñoz Marín hacia no se sabe dónde.

Con una memoria de los desastres naturales que ha sufrido la Isla en los últimos años, la mirada nostálgica de Luis Rafael está presente a lo largo de las páginas del libro. Aunque él insiste y reitera que no se trata de nostalgia. La invitación a la visita necesaria al Viejo San Juan, plasmado en inglés, con toda la amenaza centenaria sobre el valiente castellano, abre el viaje de quien conoce sus calles con nombres y apellidos, sus «personajes» que agilizan su novela día tras día, y la mirada se posa como una mariposa sobre las flores del vendedor sanjuanero que negocia «la fragancia impagable de las azucenas». Aunque el libro se titula *El corazón frente al mar* y evoca a otros escritores que, también viajeros, sintieron hundirse en las zafireas aguas de nuestros mares —Juan Ramón Jiménez, Gabriela Mistral, Pedro

Salinas—, la mirada del escritor aguafiestas se alarga sobre la ciudad enclavada en la colina. El título se desliza de entre las palabras del bolero que lo anima: «pero mi corazón / se quedó frente al mar / en mi Viejo San Juan». San Juan, un fantástico jardín en la poesía puertorriqueña desde Juan Rodríguez Calderón en *Ocios de la juventud* (1806), pasando por «Insomnio», de Santiago Vidarte, y los versos ya famosos de José Gautier Benítez en «Puerto Rico», es ahora un jardín nocturnal, un ramo de flores eléctricas, para quien llega en la noche y lo observa desde el ave de metal. (Otra era la imagen en buque, como lo indicaba Concha Meléndez en 1919: «Desde cubierta mirábamos emocionados una línea de luces que marcaba el horizonte» («En la tumba de José de Diego», *Puerto Rico Ilustrado*, año X, número 497, 6 de septiembre de 1919; p. 3). Aprovecha esta imagen para exponer la terrible situación de la Autoridad de Energía Eléctrica, ahora empeorada con las labores ineficientes de LUMA. No pierde todavía la esperanza y recuerda que aún —a pesar de María e Irma, nombres que ya no tienen la solemnidad devota de San Ciriaco, San Felipe, San Ciprián y Santa Clara, pero cuyas manifestaciones de Juracán fueron posiblemente más devastadoras— el verde primoroso de los poetas, el beso tirado al mar, el paisaje divino, cuyas vacas a Samuel Gil y Gaya parecían como pintadas en las colinas (*Índice*, 1930, p. 284). A pesar de María e Irma, el viajero decide olvidarse de ellas, aunque curiosamente en la mente colectiva esas señoras sigan lastimando el oído para excusas muchas veces injustificadas.

El jardín es metáfora central en el libro. Este jardín ya no es el reino de Flora (*Ocios de la juventud*, 1806, de Rodríguez Calderón), el «fantástico jardín de flores rico» (Vidarte), el «bello jardín» (Gautier Benítez). Ahora es el que me incita en mi propia poesía, el «jardín nocturno», o bien el «jardín diurno»: «La mudanza de las horas no estorba la reiteración de la palabra *jardín* como metáfora admirativa de Borinquen», afirma Luis Rafael. Centrado en la develación del mito romántico que se extiende a lo largo de la historia literaria de Puerto Rico, Luis Rafael insiste en rastrearlo. El jardín parece surgido de un sueño, tanto en el viajero que viene de España (Vidarte, Gautier Benítez) como en el nostálgico que se «embarcaba» y moría de frío en los niuyores (Virgilio Dávila). El sueño de los puertorriqueños después

del funesto 1898, surgido de las esperanzas de redención bajo la égida de Estados Unidos (Manuel Zeno Gandía lo revela muy bien desde *La charca a Redentores*) se fue desmoronando y aquí estamos en el viaje de un sueño terrible: «¡Hay sueños que oprobia soñar!», afirma Luis Rafael, quien se vale para describirlo del bolero «Esperanza inútil», de otro de los grandes de la canción latinoamericana y mundial, Pedro Flores, cuando rescata los versos iniciales («Esperanza inútil / flor de desconsuelo») para transformarlos: «Nuestro sueño de buscar esperanzas útiles y flores de consuelo, más allá del territorio patrio, suscita la exégesis descabellada». El sueño se proyecta hacia ese otro Puerto Rico que se ha denominado «diáspora». Entre las posibilidades queda, no obstante, la utopía, el sueño de seguir en Puerto Rico, intentando sostener este «jardín en luto»: «*Yo no me quito* argumentan los utopistas». Vuelve a valerse del vocabulario popular, «quitarse», «quit'ao», como Papo Impala, para referirse a erradicar un vicio como el de las drogas o el alcohol. Entonces, la «diáspora» desarrolla el sueño de la nostalgia o de la saudade, y Luis Rafael acude a Aimé Cesaire y su *Cuaderno de un retorno al país natal*, con toda la mirada de conmiseración y desmitificación de las Antillas maltratadas, pero entrañablemente amadas.

Una de las realidades más complejas del libro se centra en el nuevo «insularismo», el cerco de las aguas que nos aprisionan y nos definen, como lo dejaba ver el apaleado Antonio S. Pedreira; encierro ahora observado como cárcel, extendiendo las derruidas y mutiladas murallas de la ciudad colonial al archipiélago que somos. Los «confines» de la añoranza en el viaje de Gautier Benítez se vuelven carcelarios: «Que un país con forma de isla es un país con forma de cárcel», dice Luis Rafael. Aclaro que cuando me refiero a «viaje» no se trata del «viaje» que otorga la «nota» de las drogas o la trayectoria de quien «se va en un viaje» por los cerros de Úbeda. Aquí estamos en el descenso a un infierno acogedor y que se extiende a las Hespérides de Luis Lloréns Torres, las islas cantadas en «Canción de las Antillas» (*El Heraldo Español*, 1913), que sigue siendo, lo quieran o no, «versos de cadencia efectiva y efectista», como los llama Luis Rafael Sánchez.

El «viajero vaivén», que «se siente a gusto» —con toda la posibilidad de sentarse o sentirse— se define en esa ambivalencia de no estar a

gusto en Puerto Rico, pero tampoco en Estados Unidos. Reitera el escritor el bolero «En mi viejo San Juan» para caracterizar a ese puertorriqueño que deja su corazón frente al mar, que se siente en país extraño estando en Estados Unidos, guiado por el destino. Mal se sentirá quien se sienta en El Viejo San Juan (masculino y todo) como un extraño en su propia tierra. La memoria, que no está rota, tiene la magia de la alfombra mágica de *Las mil y una noches*. ¡Lástima que no sea la lámpara de Aladino! Luis Rafael busca su propio pasado, como otro viaje más, desde Humacao a San Juan. La ciudad colonial, con todos sus delicados problemas politiqueros, con la amenaza de quedar en manos de millonarios extranjeros, sigue teniendo sus adoquines de un azul modernista, sigue ostentando en su costado la herida, en su litoral nido el ave nostálgica de La Perla y en su frontera temible Puerta de Tierra, con toda la injusticia de la innombrable y casi borrada barriada Culo Prieto. San Juan es espacio de una infancia hermosa, de una juventud bendecida. Afirma Luis Rafael: «Allí me enseñé a vivir *de la opinión del mundo descuidado*, como invita a hacerlo un poeta cuya lectura envicia: Constantinius Kavafis». Un poco más adelante reza: «En la Escuela Baldorioty de Castro disfruté las artes ejemplares congregadas en el Nocturno Tercero de José Asunción Silva, el *Insularismo* de Pedreira, las rimas de Bécquer».

Todos debemos de conocer lo que implica «Puerta de Tierra», pero Luis Rafael anexa «Puerta de Letras»: «en el barrio levantado tras Puerta de Letras se aglutinan las ruinas y las ruindades junto a más de un acto heroico cuya cotidianidad lo hace parecer desimportante». Esa San Juan que el «escritor aguafiestas *tira al medio*», con toda la alusión a la Comay, centra su mirada en los aspectos negativos que, como en otra *Guernica*, surgen de la mirada instigadora y acusatoria de buena leche:

El escritor aguafiestas desmonta e interroga los espejismos grotescos y los espejismos bobalicones del pasado sanjuanero, los mismos que ensalzan sus promotores menos fiables, de siempre alelados por las fastuosidades antañonas de *Old San Juan*. E interroga el presente sanjuanero que sus promotores alelados ensalzan como si discurriera sin lastimadura ni aflicción.

Algo de la mirada penetrante, escrutadora y bien intencionada del escritor naturalista al estilo de Manuel Zeno Gandía, de Fernando Sierra Berdecía en su novela *Aguafuerte* (1932), de Emilio S. Belaval en sus *Cuentos para fomentar el turismo* («Made in Puerto Rico») anima la mirada de este otro *flâneur* implacable y bonachón: «Los turistas pensarán que los puertorriqueños somos todos iguales», condena el taxista que lleva al viajero a *Old San Juan*, al ver el grafito *Queremos nuevos ladrones*. Ese mismo pueblo que se lanzó a la calle a exigir la renuncia del Gobernador electo Ricky Roselló en 2019 en aquel otro «Grito» está también impregnado de las esperanzas útiles y las flores de consuelo. Es el mismo pueblo que elige cuatrienio tras cuatrienio la misma calidad de dirigentes:

A Puerto Rico lo devasta el politiquero enanizante. Un politiquero que lideran zutanos desconocedores de lealtades ajenas a su ego inmanejable, al abundamiento de la personal cuenta bancaria y el acomodo indecente de la parentela en el presupuesto gubernamental.

Luis Rafael Sánchez deja ver a las claras que sigue siendo el escritor comprometido de siempre con su Isla maltratada. Como lo proponía Stendhal para la novela, urde su ensayo como un espejo que se pasea por una extenuante ruta, en este otro viaje de la pugna entre la esperanza y la desesperanza en el eterno *ser o no ser* de Hamlet en español. San Juan se abre en nuestro corazón y Puerto Rico se remozca con la publicación de este libro *El corazón frente al mar*. Es una aportación a las voces que se animan a la lucha contra el deterioro de la Isla ante la Junta de Control Fiscal, pero, sobre todo, es una llamada al reconocimiento de la responsabilidad que tenemos como puertorriqueños cuando salimos a las urnas.